

del gabinete, que prohibian ejecutarlo sin orden expresa, é inducido á Mr. de Metternich á declarar por dos veces que el tratado de alianza ya no era aplicable á las circunstancias. — Se dolia, segun su dicho, de que se hubiera colocado al emperador su suegro en una posicion, cuya falsedad conoceria muy luego este monarca, pues los franceses aun no estaban mas que en su primera victoria, é iban á alcanzar otras dentro de pocos dias. Sea como quiera, obligada á retroceder muy luego el Austria, lo haria para confusion de sus falsos pasos; pero por de pronto convenia que Mr. de Narbonne se mostrase tranquilo, reservado sin frialdad, y que ya no preguntara ni respondiera nada á la corte de Viena, á fin de que reconociera que ya no se la tenia por aliada, aceptándola por mediadora, aunque no por mediadora armada.

A pesar de este lenguaje moderado en la apariencia, Napoleon en el fondo del corazon estaba exasperado contra el Austria y contra su suegro. No obstante su sagacidad prodigiosa, la inclinacion á lisonjearse, inclinacion á que ceden todos los hombres por mucha que sea su perspicacia, cuando se han colocado en posicion donde necesitan engañarse á sí propios, le habia inducido á creer que de Austria lo alcanzaria todo con tal de que lo pagase á buen precio, y le irritaba hasta lo sumo el convencimiento de que sus cálculos le salian completisimamente fallidos. Por odiosas tenia las condiciones enviadas, y que no le debian coger de nuevas. En su mente habia renunciado al gran ducado de Varsovia, y sobre todo despues de tocar las dificultades de esta creacion de cerca; pero encontrarse al dia siguiente de aquella guerra de 1812,

emprendida para humillar á la Rusia, para reconstituir la Polonia, para hacer pesar mas que nunca su yugo sobre Europa, con la Rusia engrandecida, con la Polonia, no rehecha, sino irrevocablemente destruida, y aguantar la defeccion de Prusia y hasta galardonarla por ella, renunciar al protectorado de la Confederacion del Rhin, abandonar las ciudades anseáticas, origen principal de la incomodidad con Rusia, constituia una multiplicidad de deberes, ninguno de los cuales debilitaba su verdadero poderio, si bien todos eran un cruel contratiempo para su orgullo. Ninguno de estos sacrificios debia doler bajo el punto de vista de los verdaderos intereses de Francia. No pasaba de un ensayo quimérico el gran ducado de Varsovia, interin Prusia y Austria no pensasen en reconstituir la Polonia, pues al cabo Polonia debia cubrirlas, y no queriendo ellas se resentia de pueril la obstinacion de hacerles un beneficio á pesar suyo. Tocante á Prusia ningun interés teniamos en debilitarla tanto ni con relacion á Rusia, ni con relacion al Austria. Respecto del protectorado del Rhin era un titulo vano, odioso á los alemanes, únicamente capaz de atraernos su odio, sin darnos influencia alguna positiva sobre ellos. Finalmente lo de obstinarse en conservar las ciudades anseáticas equivalia á extender nuestra frontera militar y mercantil mas allá de toda razon. Con efecto, apenas podiamos defender el Zuyderzeo y el Texel, pues al otro lado del Wahal ya no existia frontera sólida para nosotros; y aun se habia necesitado de todo el espíritu ingenioso de Napoleon para hacer entrar á Holanda en un buen sistema de defensa, y no lo habia logrado mas que muy imperfecta-

mente. Sin embargo, tan grandes ventajas marítimas ofrecía la posesion de Holanda que por lo magnífica podía ser codiciada por una ambicion á lo Carlo-Magno. Pero las ciudades anseáticas nos imponian un gravámen sin compensacion alguna, pues su defensa era imposible á no extender la Francia hasta el Elba, y comercialmente eran indispensables para la alimentacion de Alemania é inútiles para la nuestra. Relativamente al bloqueo continental, su importancia caía con este bloqueo y con la paz. Hasta si blasonáramos de prudentes, al punto debiéramos renunciar al reino de Westfalia, indemnizando al rey Gerónimo de cualquier manera; pero al cabo no se nos pedía, puesto que el emperador Alejandro se negó á contraer con el gran duque de Hesse el empeño de restituírle sus estados, y así no habia que parar mientes en tal cosa. Por tanto solo el orgullo, el implacable orgullo podía retraer á Napoleon de asentir á las condiciones imaginadas por el Austria.—Segun su dicho, Napoleon no queria aguantar que se le humillase.—Ser humillado llamaba á no poder realizar todos los ensueños de su ambicion inmensa, aun quedando ilesa su prepotencia efectiva. ¡Ah, el castigo del orgulloso que ha emprendido demasiado contra otros consiste cabalmente en que no puede ceder ni aun cuando lo considera justo y necesario! ¡Clavado se encuentra en sus locas pretensiones como Prometeo en su roca! ¡Ejemplo terrible para los que, no dando oídos mas que á sus deseos, juegan con los derechos y con la dignidad de los hombres!

Al adquirir la certidumbre de las intenciones del Austria, que no debieran coger á Napoleon de

nuevas, puesto que ya hacia cuatro meses que frecuentes indicaciones se las revelaban á las claras, irritóse hondamente contra esta potencia. Aquí vió una doble traicion de alianza y de parentesco, y se dijo lo que ya otras veces y muy á menudo, hasta el día en que un movimiento de enojo contra Rusia le determinó á un matrimonio austriaco, que nunca habia que contar con la córte de Viena; que siempre habia en ella un abismo de disimulo, de astucia, de egoismo; que se debia procurar entenderse con todo el mundo menos con esta córte, y sacrificios por sacrificios, hacerlos, si era forzoso, á Rusia y aun á Inglaterra, mas bien que al Austria ó á Prusia. Una casualidad llevó esta irritacion hasta el último grado. En Dresde se detuvo un correo procedente de Viena y portador de despachos de Mr. de Stackelberg, representante de Rusia cerca del Austria, desde que con motivo de la mediacion se restablecieron las relaciones entre estas dos potencias; y en estos despachos de Mr. de Stackelberg á Mr. de Nesselrode se hallaron muy singulares pormenores, pudiéndose ver de resultas que, condenado Mr. de Metternich por la difícil posicion suya á un extremado disimulo, prodigaba las atenciones á unos y á otros, y todavía mas á los rusos y á los prusianos que á los franceses. Con efecto, para hacerse perdonar Mr. de Metternich de no llevar inmediatamente á nuestros enemigos todas las fuerzas del Austria y de no adoptar todas sus condiciones de paz, cuando se hallaba mano á mano con ellos, no vacilaba en darse por compelido en su conducta á causa del tratado de alianza de 14 de marzo de 1812, del matrimonio de Maria Luisa, del peligro de guerra con Francia, de estar por

concluir los aprestos del Austria, y mostraba preferencias de corazón á los coaligados siempre que lo podia hacer seguro. Convencimiento debia existir de suceder esto y más acaso, sin leer un solo despacho de la diplomacia extranjerá; y no habia por qué sorprenderse, ni alterarse, debiéndose admitir como positivo cuanto de Mr. de Metternich se decia, pues verazmente hablaba al expresar que bajo ciertas condiciones se pondria de nuestro lado. Convenia comprender que Mr. de Metternich era alemán, que no podia ni debia amarnos, y que si nos contemplaba era por política, y tan solo por no comprometer atolondradamente á su pais con nosotros; convenia aprovecharse hasta de su cordura, para sacar todo el partido posible de ella, pero nada mas que todo el partido posible. A la verdad razonamos aquí del modo que razona la política, cuyo arte estriba en comprender todas las situaciones, en contemplarlas y en servirse de ellas, y Napoleon razonaba como razonan el orgullo, la victoria y el despotismo. Le irritaron estas súbitas revelaciones cual si no las debiera prever en su mente, que era toda luz en la calma de las pasiones, y nada mas que llama y humo en el arrebato de estas pasiones funestas. Un pormenor exasperóle mas que nada. Cuando en Viena se esperaban impacientemente noticias sobre la batalla prevista, mas no conocida, del 2 de mayo, en sus efusiones á favor de los rusos habia escrito Mr. de Metternich á Mr. de Stackelberg que, si recibia despachos, aun cuando fuera á deshora de la noche, le hiciera despertar para comunicárselos. Muy señaladas atenciones eran estas respecto de Rusia, y sobre todo por parte de un ministro que

se decia aliado perseverante de Francia. Tambien se halló una carta del rey de Sajonia al general Thielmann, donde, suponiendo como verosímil la llegada de los franceses victoriosos junto al Elba, le recomendaba que, manteniendo cerrada la plaza de Torgau para los rusos, aun la mantuviera mas cerrada para los franceses. Napoleon no quiso ver en tan previsoras instrucciones al bueno é imprevisor rey de Sajonia, sino al zorro de Viena á quien pretendia reconocer por su astucia. Expuesto, exagerado y avalorado por la cólera todo esto, se tuvo por una traicion completa, no siendo mas que la elaboracion de una prudencia embarazada y deseosa de pasar por entre mil escollos. Aun convenia aprovecharse una vez mas de los consejos que Mr. de Metternich nos daba, y del temor que no habíamos cesado de inspirarle, para salir de esta situacion á costa de los menores sacrificios que fuera posible; y como solo se trataba de sacrificar lo que tocaba á la vanidad, y nada de lo que pertenecia al poder efectivo, fuerza era someterse de buen ó mal grado, pero someterse de todos modos. ¡Algo convenia pagar en suma por el desastre de Moscou! ¡Hasta fortuna era no pagarlo con la misma existencia! Perdónesenos la repeticion de estas inútiles reflexiones, que nos inspira el espectáculo directo y continuo de las resoluciones fatales, que perdieron no solo á Napoleon, pues importa poco la suerte de un hombre, sino la grandeza de nuestra patria.

Sea como quiera, Napoleon volvióse de pronto á la política propuesta durante el mes de enero anterior en el consejo celebrado en las Tullerías, muy apoyada por Mrs. de Caulaincourt, de Talleyrand

y de Cambacéres, y consistente en prescindir del Austria, sin tropezarla á pesar de todo, para aspirar á entenderse directamente con Rusia. Esta política prudente, segun hemos dicho, en cuanto propendia á no mezclar demasiado al Austria en los sucesos actuales, en no atribuirle un papel de que pudiera abusar contra nosotros, tenia sin embargo, un inconveniente práctico grave por extremo, la dificultad de abocarse con el emperador Alejandro. Semejante dificultad, ya grande en enero, debía haber subido de punto de resultas de los últimos sucesos militares, y de la esperanza con que los alemanes halagaban á Alejandro de hacerle libertador de Europa y el primero entre los monarcas reinantes. Verdad es que la batalla de Lutzen, y despues de esta batalla una nueva victoria de que era licito abrigar la esperanza, podian disipar los humos que embriagaban á Alejandro y facilitar lo de entenderse con su persona en derecho. Napoleon esperólo con la fuerza de esperanza peculiar de los espíritus poderosos, y que se transforma en fuerza de accion en ellos, y tomó todas sus disposiciones enderezadas á este designio.

Sin descanso resolvió proseguir esta campaña; descargar un golpe decisivo lo mas pronto posible; aprovecharlo para celebrar la paz, bien que entendiéndose con Rusia y aun con Inglaterra mejor que con las potencias alemanas; conceder á Inglaterra el sacrificio del todo ó de parte de aquella España de que estaba disgustado, de que sobre todo no debía extrañar el mundo que lo estuviese, cuyo abandono pareceria por su parte mas bien un alivio de carga que un sacrificio, y no seria una declaracion costosa por lo humillante, pues su falta en haberse

querido apoderar de ella figuraba á la sazón como el secreto á voces. Cediendo en totalidad ó en parte la Polonia á Rusia, en totalidad ó en parte la España á los Borbones, le parecia que todo seria acomodable, y que no sufriria el yugo de Prusia, que á su vez le habia vendido ostensiblemente, ni del Austria, que le vendia á la callada, y que de este modo se emanciparia de aliados infieles á costa de sacrificios ya inevitables, y sobre los cuales ya el destino habia pronunciado dos fallos propios á acallar su orgullo, Moscou respecto de Polonia, y el invencible rencor de los españoles respecto de España. Si la guerra no conducia próximamente un resultado decisivo y una negociacion, deseaba prolongar la situacion esta hasta que la segunda serie de sus armamentos se hallara concluida y tuviera doscientos mil hombres mas en batalla, que, unidos á los primeros trescientos mil que se completaban de hora en hora, sumarian un total de quinientos mil combatientes, y le permitiria no andar ya en disimulaciones con el Austria, y aun aceptarla entre el número de sus enemigos; y entonces, colocado junto al Elba como en otro tiempo junto al Adige, dentro de Dresde como en otro tiempo dentro de Verona, á la falda de las montañas de Bohemia como en otro tiempo á la falda de los Alpes, intentaria en proporciones mucho mas vastas, no solo contra una potencia, sino contra toda la Europa, una nueva campaña de Italia, en la que, transformado el general Bonaparte en el emperador Napoleon, continuando tan jóven de carácter, y siendo mas grande en concepciones, y aseasonado por sin par experiencia, renovaria en su edad madura los prodigios de su juventud, pro-

digios agrandados con todo lo que habia añadido á su posicion el tiempo, daria hoy cima como otras veces á triunfos brillantes, y descansaria á la postre, dejando descansar al mundo. ¡Ah, que á este magnífico ensueño no le faltaba mas que una cosa, que la humanidad fuese tan infatigable como Napoleón, y quisiera perecer toda entera por satisfacer la ambición de un conquistador, que al génio de un geómetra añadía la imaginación de un poeta épico!

Adoptadas estas resoluciones hizo Napoleón lo que siempre, pasando á las disposiciones prácticas, pues por un contraste maravilloso, se mostraba tan quimérico en sus concepciones como exacto y positivo al ponerlas en planta. Ante todo dirigió á Mr. de Narbonne una serie de despachos, contándose hasta tres en un día sobre el mismo asunto, en los cuales se descubria todo el cambio operado en su mente. Ya, segun su dicho, nada habia que pedir al Austria, no tratándola mal de palabra tampoco, y sobre todo no haciéndola intimaciones, y mostrándose respecto de ella reservado y tranquilo, sin engañarla á pesar de todo, pues la mentira á nada bueno conduce. Se necesitaba que echara de ver que ya no se contaba con ella, y que se habia comprendido la máxima que de tan buen grado encajaba en todas ocasiones, de que el tratado de 14 de marzo de 1812 *no era ya aplicable á las circunstancias*. Despues, cuando Austria supiera que tan rápidos y vastos armamentos se hacian en Italia, en Baviera, en Francia, no habia necesidad de negarlos, y hasta convenia declarar su verdadero guarismo, si se ponía en duda, no atribuyéndoles otro origen que el de la gravedad de los su-

cesos. Napoleón escribió además á Mr. de Narbonne que Austria comprendería esta nueva actitud de seguro, y que seria de desear que la comprendiese; que de resultas calcularia que su intervencion no era indispensable para que Francia se abocara con las otras potencias; que entre el emperador Alejandro y el emperador Napoleón existia un altercado político, y de ningun modo un altercado personal, y que entre los dos soberanos jamás habia dejado de haber una inclinacion mútua, que á la primera demostracion amistosa de Napoleón renacera por sí propia. *Una mision directa al cuartel general ruso*, añadía Napoleón, *dividiria al mundo en dos parcialidades*. Esta frase revelaba toda su idea, significando que, enviado allí Mr. de Caulaincourt, cuya antigua intimidad con el emperador Alejandro no se ocultaba á nadie, haria cambiar la faz de las cosas, colocando en un campo á Francia y á Rusia, y al resto del mundo en otro. Pero no era así por desgracia desde que tan profundamente se habia herido el orgullo del emperador Alejandro; y en todo caso pecaba de muy imprudente el decirlo, pues bastaba indicar tal idea, para hacer que Austria sin perder un día ni una hora se echase en los brazos de Rusia, y para que se redujesen á unos pocos días los dos meses de tiempo que se necesitaban para elevar á quinientos mil soldados los doscientos mil de que se disponia entonces. Afortunadamente Mr. de Narbonne tenia sobrado talento para cometer la falta de que Mr. de Metternich trasluciera la eventualidad esta. Aquí podia hallar motivos de confianza, pero de ningun modo de jactancia tan peligrosa como sin fruto.

Despues de expresar Napoleón su verdadera
Biblioteca popular.

idea á Mr. de Narbonne por conducto de Mr. Caulaincourt, que reemplazaba en Dresde á Mr. de Basano, retenido en Paris todavía, hizo llamar al príncipe Eugenio. Aun cuando tuviera las faltas propias de su origen medio criollo, esto es, de algo de apatía y de descuido de los pormenores, y aun cuando á menudo hubiera merecido la censura de Napoleon por ellas, se habia conquistado el virrey toda su estimacion á causa de su rara bravura, del vivo sentimiento del honor y de la resignacion ejemplar con que habia sufrido una situacion horrorosa durante la retirada. Napoleon manifestóle su satisfaccion, le anunció que constituia en favor de su hija un pingüe dote, el del ducado de Galliera, y que esta recompensa iba á ser publicada por el *Monitor* como premio de los servicios que habia prestado en la campaña de 1812. Luego le dijo que se necesitaba que partiera para Milan sin tardanza alguna, donde tornaria á ver á su familia, de la cual estaba separado ya hacia mas de un año, y estaria en aptitud de desempeñar una mision tan importante. Napoleon le expuso lo que debia poner por obra (4). Ante todo tomaria el mando no solo del reino de Lombardía, sino tambien del Piamonte y de la Toscana, bajo el aspecto militar por supuesto, y emplearia todo el invierno en organizar un excelente ejército de Italia. Sobre el terreno se hallaban los elementos necesarios ora

(4). Aqui tampoco me fio de conjeturas. Refiero los hechos á tenor de documentos auténticos, de cartas de Napoleon al príncipe Eugenio, cartas en que todos estos hechos están recordados ó consignados, y motivados siempre á la larga.

en cuadros, ora en conscritos ya instruidos. En Italia acababan de entrar los cuadros del cuarto cuerpo, con el cual habia hecho el príncipe Eugenio la campaña de Rusia, y podian suministrar veinte y cuatro batallones. Otros veinte y cuatro podia facilitar el ejército italiano. A ochenta quizá permitirian elevar el ejército del alta Italia los regimientos del Piamonte, que habian recuperado los batallones enviados á España, y vueltos varios si bien mas aguerridos que nunca. La artillería abundaba en esta comarca, y sin dificultad se podian tener para el mes de julio ciento cincuenta bocas de fuego con sus tiros correspondientes. Pronta estaria para el príncipe Eugenio la caballería, que para el general Bertrand no pudo estarlo. De consiguiente era fácil tener allí un ejército de ochenta mil hombres al cabo de dos ó tres meses, y mucho mejor organizado que el ejército con que se acababa de vencer á los coaligados en Sajonia, habiendo tiempo y reposo para proveerle del material necesario. Finalmente, Napoleon destinaba lugartenientes de mérito superior al príncipe Eugenio, como el general Grenier, que recientemente habia recibido una herida é iba á tornar á Italia para curarse, y el ilustre Miollis, sabio, hombre de talento, espartano y soldado heroico al mismo tiempo.

Aun quedaba Murat, príncipe sin ventura, que casi perdia la cabeza bajo la corona que Napoleon le habia ceñido. Profundamente herido en su orgullo por las palabras insertas en el *Monitor* despues de su partida del ejército; receloso de haber incurrido en la desgracia de Napoleon para siempre, de estar reservado con su reino de Nápoles de resultas á una compensacion, á un ajuste de paz,

prestando oídos á las aberturas que el Austria dirigia á todos los que deseaban abandonar á Francia sin osarlo, con miedo á cada paso de hacer mucho ó demasiado poco, se hallaba en el estado del rey de Baviera, del rey de Sajonia, y en suma, de todos los aliados que, honrados de sobra para no vendernos, no lo eran tanto que no pensarán en ponerlo por obra, y con mas razon de remordimiento que ellos, pues todo se lo debía á Napoleon, con cuya hermana se habia casado, hermana de la cual tambien tenia desconfianza, aun no codiciando ella menos conservar este reino tan amado, este reino causa de sus faltas y desventuras. Bajo situacion semejante habia momentos en que parecia delirante. Su salud se alteraba á vista de ojo, y este héroe tan admirable sobre el campo de batalla del Moskowa, convertido en débil monarca, atormentado por desvelos, perdía á la vez su hermosura, su serenidad y su arrojo. Poseído de lástima estaba su pueblo, al cual habia sabido ser grato, y cuando le veía le colmaba de aplausos como para consolarle. A veces pensaba este pobre Murat en irse á echar á los pies de Napoleon y á ofrecerle tomar el mando de los restos de su caballería; á veces queria entregarse al Austria, y hasta envió á su córte un príncipe Cariati, cuya conducta produjo tal escándalo en Viena, que Mr. de Narbonne vióse obligado á escribir á Napoleon sobre este punto.

Todo esto excitaba á Napoleon á la compasion, bien que á una compasion sin benevolencia, y estaba determinado á ponerlo remate. No dudaba que una orden formal suya, apoyada con una amenaza positiva, amenaza mas facil de realizar respecto

de Nápoles que respecto de Suecia, llevaria á Murat á sus plantas, y resolvió llamarle al ejército ante todo, y exigir despues sus tropas con objeto de unir las á las del príncipe Eugenio. Desde 1808 habia empleado Murat el tiempo en crear un ejército napolitano, y era el único hombre capaz de conseguirlo, pues además de su fama, tenia para encantar á los napolitanos su hermosa y agradable figura. Cerca de diez mil hombres de este ejército habian sido ya desparramados en la inmensidad de las tropas enviadas á Rusia, y se habian salvado de tres á cuatro mil de ellos. Pero aun tenia Murat sobre las armas cerca de cuarenta mil hombres perfectamente organizados, y Napoleon ideó tomárle veinte mil para incorporarlos á Eugenio.—Cuando el Austria vea estos cien mil combatientes sobre el Adige, dijo al virey, conocerá que tiene que contar con nosotros, y que nosotros no tenemos que contar con ella.—Dadas estas instrucciones al príncipe Eugenio y consignadas despues en muchos despachos por escrito, le alargó la mano con un afecto nunca disminuido hacia su persona, aunque le inspirara desconfianza á veces, como todos aquellos á quienes mas estimaba, y despidióle el mismo dia.

Vistas son las disposiciones que habia tomado para juntar un ejército en Maguncia con los cuadros procedentes de España. Permittiendo comprender lo que el consumo de hombres, incesante en la Peninsula, dejaba en cuadros cada vez menos numerosos, contaba Napoleon reunir los de sesenta batallones en Maguncia, y llenarlos con los conscritos que llegaban de continuo de los pertenecientes á las antiguas clases. Allí esperaba tam-

bien juntar los cuadros de sesenta escuadrones de caballería, llenándolos con los ginetes formados en los depósitos y montados gracias á los caballos sacados de Francia. Segun se ha visto, la reorganizacion de los cuerpos del mariscal Davout y del duque de Bellune en Westfalia debia proporcionar ciento doce batallones, esto es, noventa mil hombres de infantería cuando menos. Ya los veinte y ocho segundos batallones reorganizados en Erfurt se hallaban juntos á las órdenes del duque de Bellune, teniendo además de los doce suyos, los diez y seis pertenecientes al mariscal Davout. Veinte y ocho acababan de llegar á las órdenes del general Vandammé á Brema. Otros les debian seguir muy pronto. Ya hemos dicho que, cuando estuvieran formados todos, se proponia juntar los cuatro batallones de cada regimiento, recomponer asi los regimientos antiguos, dar diez y seis al mariscal Davout, doce al mariscal Victor y crear un ejército de ciento veinte mil hombres, con una numerosa artillería sacada de Holanda y de los departamentos anseáticos, y con el resto de la caballería remontada por el general Boucier. Si, como era de esperar, se volvía á nosotros la Dinamarca, objeto á la sazón de las caricias de Inglaterra y de Rusia, que, mediante indemnizacion, procuraban arrancarle la Noruega, se podia contar con doce ó quince mil daneses, excelentes soldados, cosa que debia elevar lo menos á ciento treinta mil hombres el ejército del bajo Elba. Tres preparaba Napoleon de consiguiente, uno en Milan, otro en Maguncia, y otro en Hamburgo, aparte del que ya tenia á la mano, y cuya organizacion avanzaba de hora en hora, y más desde que estaba en Dresde. Con unos

cien mil hombres contaba en Italia, con setenta mil en Maguncia, con ciento treinta mil en Magdeburgo y Hamburgo, esto es, con seiscientos mil combatientes, incluyendo los que tenia en Sajonia, fuerza enorme, y preciso es reconocer que muy propia á alterar la rectitud de su juicio, inspirándole ilimitada confianza.

Al mariscal Davout dirigia las instrucciones mas terminantes para las diversas organizaciones, parte de las cuales se debia ejecutar bajo la robusta y habil mano de este caudillo. Se le anunció que pronto se le devolverian los batallones suyos prestados al duque de Bellune; se le previno que tornara lo mas brevemente posible á Hamburgo, que para esto se aprovechara del movimiento proyectado sobre la capital de Prusia, que en todas partes y especialmente en Hamburgo ejecutara una justicia rigurosa. Napoleon estaba exasperado contra las ciudades anseáticas que acababan de expulsar á los aduaneros, á los recaudadores de contribuciones, á los oficiales de policia franceses, y de asesinarlos en muchas partes, que habian recibido con júbilo á los cosacos, y que parecian blanco de los esfuerzos militares y diplomáticos de la coalicion. Bajo su autoridad queria tornar á poseer estas ciudades por la fuerza y por el terror, y si habia que restituirlas á la postre, restituírselas arruinadas á Alemania. Al mariscal Davout le ordenó que hiciera fusilar á los miembros del antiguo senado, que habian tomado nuevamente posesion de sus puestos, á los principales agitadores de la rebeldía, á algunos oficiales de la legion anseática alzados en nuestra contra; le ordenó que prendiera y privara de sus bienes á los quinientos principales

negociantes reputados por enemigos de Francia; finalmente, que sin exámen y donde quiera, apresara los géneros coloniales y las mercancías inglesas, que en abundancia habían penetrado por el Elba desde la insurrección de Hamburgo. Con esto decía que habría para pagar la guerra, causada en parte por los negociantes de estos países. No escondiéndose jamás cobardemente detrás de sus agentes cuando dictaba providencias rigurosas, quiso que el mariscal Davout, al ejecutar estas formidables instrucciones, declarara que obraba á tenor de las ordenes formales de Napoleon, y añadía que contaba con su inflexibilidad reconocida, para que estas ordenes fuesen ejecutadas en todas sus partes. Por fortuna, sin decirlo, contaba también con la hombría de bien y la cordura de este mariscal, que, riguroso y todo, sabría esperar antes de cumplir lo que se le prescribía á que la cólera de su soberano se evaporara en palabras tremendas. De todas estas ordenes la parte principal no se debía llevar á cabo, resultando no mas que cuantiosas contribuciones, con las cuales viviría el ejército durante seis meses desde Hamburgo hasta la capital de Sajonia.

Pasando Napoleon á caballo el tiempo que no dedicaba á trabajar en su gabinete, recorrió las márgenes del Elba, reconoció á Koenigstein y Pirna, así como el país todo mas arriba y mas abajo de Dresde, dispuso el establecimiento de dos puentes, uno en Dresde mismo y con tablonés para enjazar las partes subsistentes del de piedra, y otro de armadía en Priesnitz, por donde el ejército había operado el paso á viva fuerza. También hizo construir robustas cabezas de puente, abarcando

una y otra orilla para el caso en que se viera obligado á replegarse á la línea del Elba despues de perdida una batalla, y vigiló personalmente la creación de vastos hospitales y de vastos almacenes de viveres á la orilla izquierda, para que nada quedase expuesto á las empresas del enemigo. Todos estos trabajos los hacía ejecutar á dinero constante y sacado de su tesoro secreto, con el fin de atraerse al pueblo de Dresde, á quien quería intimidar y satisfacer al propio tiempo. Habiéndose incorporado los destacamentos de caballería llevados de los depósitos por el duque de Placencia, embebiólos en el cuerpo del general Latour-Maubourg, de manera de juntar los escuadrones de cada regimiento. De este modo había ascendido el tal cuerpo á ocho mil hermosos ginetes, y con tres mil ginetes sajones que debían tornar de nuevo, con mil ó dos mil ginetes bávaros y wurtembergueses, á quienes se esperaba, dentro de algunos dias debía subir á doce mil hombres de á caballo. Cuatro mil de la Guardia elevarían á diez y seis mil soldados el total de nuestra caballería, fuerza ya respetable, é independiente de las tropas ligeras de esta arma que tenía cada cuerpo para las exploraciones. De los destacamentos procedentes de los depósitos á las ordenes del duque de Placencia, por lo menos quedaban tres mil ginetes destinados al general Sebastiani, para completar sus regimientos cuando llegara á Wittenberg. Entonces tendría el ejército veinte y cinco mil hombres de á caballo capaces de cargar en línea. Ocho ó diez dias convenia aguardar aun para pasar de un estado casi nulo en materia de caballería á un estado bastante imponente. Además, el general